

HACIA UNA EDUCACION RELIGIOSA RENOVADA

i. camacho

El tema de la educación de la juventud preocupa hoy en muchos ambientes. Evidentemente es un aspecto parcial de un problema más amplio: el del crecimiento estadístico del ateísmo y la irreligiosidad. Pero, reducido al nivel que aquí nos ocupa, lo creemos digno de una seria reflexión: porque es en la época juvenil donde hay que buscar las raíces de muchas actitudes ateas o irreligiosas posteriores.

algunos hechos

A título de ejemplo, vamos a presentar algunos datos que justifican ciertas posturas de inquietud e inconformismo.

Pastoral juvenil acaba de publicar un breve artículo que recoge una selección de las respuestas a una encuesta sobre la dirección espiritual. A ella responden preuniversitarios de ambos sexos procedentes de diversas regiones españolas. Comenzamos por que ya el nombre de "dirección espiritual" choca a la mayoría. Luego hay quejas de las actitudes paternalistas, a base de "consejitos"; se echa de menos un auténtico diálogo en el ámbito de los problemas reales del joven; se rechazan las "recetas" espirituales; se aboga por un "ayudar a responsabilizar", "para que yo mismo pueda plantearme y solucionar mis propios problemas" (1).

En otra reciente encuesta, a la que responden chicos y chicas de 5.º, 6.º y Preuniversitario pertenecientes a catorce centros de Granada, llama la atención la falta de estima hacia la práctica religiosa, nota constante en varias preguntas. En contraste, se mantiene un notable aprecio hacia la fe en Cristo que el 67,1 % de los encuestados considera entre las tres cosas más necesarias para ser feliz. Los actos religiosos, en cambio, son

para el 72,5 % una de las tres cosas que menos les gusta de la vida escolar. Respecto a las acusaciones que se hacen a los profesores de religión (cada alumno tenía que hacer dos acusaciones), el 47,4 % les achacan que dan las clases de modo rutinario, el 46,7 % que se limitan a un monólogo, el 35,3 % que no prueban racionalmente algunas cosas, etc.

Estos son algunos ejemplos (2). Si no insistimos más en este punto es porque estamos convencidos de que se trata de un problema que está en la conciencia de muchos educadores y padres de familia. Y a esta inquietud por parte de los adultos responde el descontento de los jóvenes respecto a la educación religiosa recibida.

en busca de las raíces del problema

Ante esta situación creemos de interés analizar sus raíces históricas y esbozar algunas posibles líneas de solución. Para ello vamos a seguir fundamentalmente un artículo de R. Sonnen que forma parte de una obra holandesa cuya traducción castellana aparecerá en breve editada por Sígueme de Salamanca. La obra lleva por título (traducido a la letra): *Nuevas perspectivas tras el fin del cristianismo convencional*; y el artículo que aquí nos interesa, *Renovación de la catequesis* (3).

Es evidente que existe un desfase entre el modo de ser del hombre de hoy y los métodos de educación religiosa. Pero tampoco puede negarse que estamos empeñados, con diferencia de grado según países, en un auténtico proceso de renovación. La renovación de la catequesis no es más que un factor del *aggiornamento* general de la Iglesia, un amplio movimiento que ha surgido históricamente bajo el impulso de un hombre nuevo. Este hombre es el que nos interesa analizar: cuáles son las líneas de su evolución y los factores que han acarreado este desfase, cómo llegar a una nueva armonía hombre-catequesis.

dogma, moral, piedad

Esto son los tres niveles en que suele estructurarse la religiosidad del hombre. Dogma y moral están constituidos respectivamente por un conjunto de verdades a las que es necesario asentir y por una serie de preceptos prácticos que enseñan al individuo cuál debe ser su actitud en cada momento de la vida. La piedad completa este cuadro, proporcionando al hombre la ocasión para que lo religioso inunde también en algunos momentos de la vida el campo del sentimiento, por la oración y la recepción de los sacramentos principalmente.

Naturalmente esta estructuración tripartita es artificial en la medida en que lo sea la concepción del hombre en que se apoya. Porque dogma, moral y piedad responden a todas vistas a los tres como sectores en que el hombre ha sido tradicionalmente concebido: entendimiento, voluntad y sentimiento. No puede dudarse del esfuerzo que realizó la catequética tradicional por enraizar la religiosidad en esos tres sectores dentro del

hombre, que constituyen lo específicamente humano de él. Lo que hoy es cuestionable es esa misma concepción tripartita. Sin embargo, basta hojear los manuales clásicos de filosofía y teología que han servido de textos en los seminarios durante largos años, para descubrir esta férrea esquematización. Y no puede olvidarse que es precisamente el elemento clerical el responsable principal de la formación religiosa. Pero tampoco podemos culpar exclusivamente a los clérigos de la situación actual. Porque esa imagen tripartita del hombre ha sido tradicionalmente aceptada, y ella es, por ejemplo, la que subsiste como estructura de base a la obra revolucionaria de Kant: sus tres obras fundamentales están concebidas alrededor de estas tres facultades (Crítica de la razón pura, Crítica de la razón práctica y Crítica del juicio). Con todo, de Kant para acá la filosofía ha evolucionado mucho y el hombre actual no aceptaría ya esos presupuestos kantianos. Aquí sí que no creemos ser injustos si culpamos a los estamentos clericales de una clara resistencia a lanzarse por nuevos derroteros, los de un nuevo estilo de hombre naciente. Aun hoy, esta resistencia no ha desaparecido, pero ya la realidad nueva se nos impone con fuerza ineludible.

¿Por qué no convence al hombre de hoy la formación religiosa que se le ofrece? Lo primero que choca al enfrentarse con los textos de religión en uso en nuestros centros de enseñanza es la absoluta falta de conexión *intrínseca* entre dogma, moral y ejercicios de piedad. No basta la fe para salvarse, tenemos que vivir además de acuerdo con ella, o, lo que es igual, tenemos que cumplir los mandamientos. Si es fácil acusar a la doctrina de la fe de abstracta y notablemente alejada de la vida, junto a ella poseemos los innumerables preceptos de la moral que, en su excesivo afán por resolver todas las posibles situaciones de la vida, desemboca en una vacía casuística. Pero además, ¿dónde encontrar una iluminación de estos preceptos a partir del dogma? Conexión interna que también se echa de menos en las relaciones de la piedad con el dogma y la moral: porque ¿basta con recomendar la oración y la práctica de los sacramentos como una ayuda de Dios necesaria para creer y conducirnos moralmente en nuestra vida? Creemos que no.

una nueva imagen del hombre

Decíamos que la formación religiosa ha estado basada íntegramente hasta hace muy poco sobre una imagen tripartita del hombre. No vamos ahora a discutir lo que hay de verdad en esta concepción: primero, porque creemos que esa discusión no conduciría a nada positivo; pero, sobre todo, porque nos parece más útil enfrentarnos con la conciencia que el hombre actual tiene de sí. ¿Cómo se vive el hombre a sí mismo en su experiencia existencial? Es esencial tener presente esta imagen, porque en ella es donde la religiosidad tiene que ser integrada, si no queremos reducirla a algo meramente extrínseco y lejano a su vida más auténtica.

R. Sonnen, en el artículo citado al comienzo (4), considera como época de origen de esta nueva imagen la experiencia del hombre de la última posguerra mundial. Si en años anteriores pueden descubrirse ya ciertos

rasgos aislados, es en los años cuarenta cuando esta experiencia adquiere la extensión necesaria para ser tenida en cuenta seriamente. Tres elementos le parecen los más dignos de destacar.

1) Ante todo, frente a la trisección de que hablábamos antes, el hombre moderno se vive a sí mismo como una *unidad personal*: sólo a partir de ella puede entenderse cualquier aspecto de la vida humana.

2) Pero esta unidad no se concibe como esencia humana y dato inicial, sino como la tarea de toda una vida: unidad en proyecto, que la persona tiene que realizar paulatina y responsablemente. La vida se convierte así en una lucha, en la que el hombre tendrá que aceptar el verse muchas veces caído para volverse a levantar.

3) Por último, la dimensión social. El hombre no se realiza como persona encerrado en sí mismo, sino abierto al mundo y en contacto con los hombres que le rodean. Ni la tarea de su vida es ultimamente exclusiva del individuo, ni éste puede desentenderse del quehacer vital de los demás hombres.

la renovación de la catequesis

¿En qué sentido la imagen del hombre que acabamos de esbozar se opone a la concepción tradicional? No creemos que, en bloque, se excluyan mutuamente: lo que es indudable es que se trata de dos enfoques muy diferentes. Pero, en última instancia, esta cuestión nos parece de escaso interés para nuestro intento. Si el hombre ha abandonado, no sabemos si por el momento o definitivamente, una imagen para acogerse a otra, en función de esta nueva es como hay que reorientar la catequesis. Es verdad que en una época de revisión aparecen más acentuados los defectos de lo que se revisa —de ahí el peligro de caer en ciertas deformaciones caricaturescas—, pero tampoco podemos negar una realidad que se nos impone desde todas direcciones: el desfase constatado por profesores y alumnos, por catequistas y catequizados, de la vida y las preocupaciones del hombre moderno respecto a la religiosidad que se le ofrece. Este hecho sólo justifica ya cualquier esfuerzo renovador emprendido con una elemental seriedad. A nadie pueden extrañar las nuevas experiencias cristalizadas en el *Catecismo Católico* alemán (5), en el *Catecismo español* (6) y, de un modo más decisivo, en el tan discutido *Catecismo holandés*.

línea fundamental de la renovación

Como siempre, es más fácil criticar lo ya existente que construir algo nuevo. Además, en un terreno eminentemente práctico como el que nos ocupa, toda posible solución no puede ser aceptada como tal hasta que no es garantizada por su propia verificación. Sucesivas experiencias irán desbrozando el camino, experiencias que en muchos casos no tendrán por qué alcanzar una validez universal. Todo esto complica nuestro problema.

Quisiéramos ahora proponer algunos polos de orientación que son fruto de seria reflexión sobre las experiencias ya realizadas. Por ejemplo, el Instituto Superior de Catequética de Nimega lleva varios años trabajando sobre este punto: fruto importante de estos trabajos es el Catecismo holandés (7).

Este movimiento renovador ha tenido su historia, historia que podemos dividir en varias etapas según los diversos objetivos parciales que se han ido superando. Pero como visión de conjunto orientadora conviene desde ahora señalar que es la preocupación por lograr una *catequesis personalista* la que ha presidido todos los esfuerzos:

“Por personalista entendemos una catequesis capaz de formular la Revelación en categorías personales y de conducir al sujeto hacia un encuentro personal con Dios. Siempre considerando a la persona como punto clave, la fe deja de ser vacua aceptación de un conjunto de verdades para convertirse en acto de toda la persona, en entrega personal al Dios vivo que se hace presente en su vida. Este acto alcanza a toda la vida del hombre, se realiza progresivamente, se desarrolla en esa historia de salvación que es la vida de cada uno” (8).

etapas de la renovación (9)

Vamos a concretar el proceso histórico de esta renovación en tres momentos: más que fases sucesivas, constituyen líneas de evolución que polarizan muchos esfuerzos (aunque haya una cierta prioridad histórica en el orden con que aquí las proponemos).

1) *Cristocéntrica*. El cauce en que se había instalado la catequesis tradicional corría el riesgo de convertir al cristianismo en una doctrina impersonal y objetivante, reducida a la aceptación de unas verdades, sometimiento a unas leyes y obligaciones y ejercicio de unas prácticas piadosas. Frente a esta disgregación, se imponía el descubrir un centro que unificase la vida del cristiano. Nada nuevo, por otra parte. En el fondo, volver a lo más genuino del mensaje cristiano: la aceptación de una persona, la entrega incondicional a Cristo.

Este paso adelante fue efectivamente el primero que dio la catequética. Pero de la mano de una teología dogmática toda ella renovada por este mismo enfoque cristocéntrico. De ahí el peligro de ser arrastrada con ella a un ámbito excesivamente especulativo que la mantiene todavía demasiado alejada de la experiencia y de la vida. De aquí van a surgir las nuevas fuerzas renovadoras.

2) *Litúrgico-bíblica*. Si no queremos que el cristocentrismo quede reducido a una mera especulación, inmediatamente se nos plantea esta pregunta: ¿cómo es posible en la práctica este encuentro personal con Dios? El movimiento de renovación litúrgica, iniciado ya unas décadas antes, ofreció ese complemento buscado. Porque el acto litúrgico constituye el “*aquí y ahora*” de la acción de Cristo y por tanto del encuentro personal

con El. En la Liturgia es donde primordialmente se hace vivencia esa entrega incondicional a Cristo, el núcleo más genuino del mensaje cristiano.

Pero resulta inviable una profunda asimilación de la liturgia sin una constante referencia a la Biblia. Para este encuentro con Cristo es necesaria una comprensión seria de la historia de la salvación en la que se inserta la persona histórica de Jesús, hijo de Dios y salvador del hombre. El concebir la vida religiosa personal por los cauces de un espiritualismo individualista corre el riesgo de convertir la religiosidad en una pura ilusión, y al mismo Dios en el fantasma de esa ilusión: de ahí, la necesidad de arraigar en una comunidad creyente (en su doble dimensión: temporal, hacia el pasado, hasta entroncar con la comunidad eclesial primitiva; espacial, en el presente, con nuestros hermanos en la fe). Desde otro punto de vista, a lo que nos estamos refiriendo aquí es a ese hecho básico de toda la Biblia, la iniciativa de Dios en el diálogo Dios-hombre.

3) *Vital*. Pero, ¿puede limitarse la formación religiosa a educar para la comprensión de los actos litúrgicos? ¿No implica eso una reclusión de Dios a sectores muy reducidos de la existencia humana? Precisamente es ese uno de los defectos que más achaca el hombre moderno a la religiosidad tradicional.

En otros términos, ¿es lícito estructurar el mundo de nuestra existencia sobre la base de una contraposición sagrado-profano, como si el encuentro con Dios quedase circunscrito a determinados momentos de nuestra vida, y a partir de ellos el hombre adquiriese la fuerza necesaria para mantener una actitud cristiana en su actividad profana? Sin que esto implique la identificación Dios-mundo, para el cristiano el mundo es manifestación de Dios y por tanto ocasión y ámbito del encuentro personal. Esta separación Dios-mundo está en perfecta armonía con una antropología de tipo dualista de corte platónico, muy tradicional, que acentuaba la contraposición cuerpo-alma, alma inmortal frente a cuerpo mortal. Según ella, el hombre es considerado como ángel condenado a vivir temporalmente en una cárcel animal. De aquí al menosprecio del cuerpo humano y todo el mundo material no hay más que un paso. Y frente a ese mundo de lo transitorio y perecedero, el alma inmortal llamada a una vida superior y definitiva y ya desde ahora con una capacidad de referencia a Dios.

La Biblia, en cambio, parte de una concepción más unitaria del hombre, en curiosa armonía con la mentalidad actual. De acuerdo con ella, la creación es el ámbito en el que Dios sale al encuentro del hombre todo. Y supuesto que este encuentro incluye siempre una referencia a la salvación del hombre, toda la creación y la existencia humana ocultan, a un nivel más profundo, esta dimensión salvífica que el cristiano tiene que actualizar en todos los momentos de su quehacer terreno.

reflexiones prácticas

Este extenso recorrido, que a primera vista puede parecer demasiado teórico, era necesario para hacer posible algunas reflexiones prácticas.

Sentados todos esos presupuestos, ¿qué vías inmediatas de realización emprender? Podemos reducir nuestras reflexiones finales a *cinco* puntos.

1) Ante todo, se impone *prescindir de la división tradicional por "asignaturas"*. Las líneas básicas de todo lo que aparece en los manuales hoy en uso no pueden eliminarse, pero hay que darlas en otro contexto y con una orientación distinta: enraizadas en lo que tiene que ser el núcleo fundamental, la toma de conciencia de nuestro ser de cristiano como encuentro personal con Dios.

2) *Esta toma de conciencia es la que tiene que constituir la meta de toda la educación religiosa*. El catequista deberá, pues, concebir su tarea como una ayuda para que el joven evolucione hacia una profundidad cada día mayor que supere la inclinación natural a perderse en la corriente rutinaria de lo cotidiano.

3) Naturalmente esta educación para una toma de conciencia profunda tiene que *adaptarse al nivel de desarrollo humano* de la persona. La religiosidad no puede adelantarse al ritmo de maduración humana del individuo, pero tampoco puede quedar estancada en un nivel infantil. Una religiosidad recibida con la inocencia propia de la infancia y mantenida tal cual durante años, adolece de toda garantía de supervivencia: y la experiencia muestra cuántos jóvenes, al replantearse su situación religiosa sin estar capacitados para una reorientación adecuada, la rechazan como infantil, inútil y vacía. Con frecuencia se achaca esta actitud a la inmadurez propia de la adolescencia, con la confianza de que "ya volverán". Pero no hay que engañarse, porque ni todos "vuelven" de hecho, ni puede tranquilizarse la conciencia de padres y educadores con el fácil recurso a esa innegable inmadurez.

4) Todo lo dicho hay que tomarlo muy en serio *desde el principio*. Porque una religiosidad mal enfocada inicialmente suele dejar huellas profundas en la persona, no tan fáciles de superar con equilibrio cuando ya están muy arraigadas. De ahí, que las reacciones inmaduras contra esas posturas infantilmente religiosas adopten una doble forma: o la de una práctica rutinaria (la religiosidad del "doy para que me des") interiormente vacía e incapaz de comprometer la vida de una persona, o la de una ruptura externamente definitiva pero que en el fondo ha dejado muchos problemas sin solucionar.

5) Ante todo esto, ¿qué pensar del plan oficial de enseñanza religiosa? Es evidente que exige una renovación de acuerdo con muchas ideas expuestas más arriba. Pero por muy transformada que se presente, siempre habrá que aceptar su papel de complementariedad. Creemos que *esa enseñanza nunca podrá suplir a la auténtica catequesis, una catequesis personalista, litúrgico-bíblica y cristocéntrica*.

Para terminar, conviene insistir también en el papel primordial de los padres de familia: sin una preocupación eficaz por su parte, es inútil pensar en la posibilidad de una auténtica catequesis.

notas

- (1) Cfr. *Pastoral juvenil*, Marzo 1969, págs. 2-5.
- (2) Pueden consultarse otros datos sociológicos en: BENOIT, *El Bachillerato colombiano. Aspectos de su función ideológica*, Bogotá, 1968.
- (3) VAN DER LINDE, *Neue Perspektiven nach dem Ende des konventionellen Christentums*, Nimega 1967.
(Por no conocer aún la paginación de la edición castellana, citamos siempre los números de los subtítulos en que está dividido el artículo a que aquí nos referimos).
- (4) Cfr. *Renovación de la catequesis*, núm. 3.
- (5) *Catecismo católico*, Herder 1957, versión de la obra original publicada en Alemania en 1955.
- (6) *Catecismo escolar*, estructurado según los ocho grados de la Enseñanza Primaria, en vías de publicación (han aparecido ya siete grados). Secretariado Nacional de Catequesis, de la Comisión Episcopal de Enseñanza.
- (7) Creemos que muchas críticas contra él dirigidas nacen de una falsa interpretación de lo que se pretendió con él: ofrecer una presentación *catequética* de la fe al hombre moderno. Cfr. J. J. ROMERO. *Tensiones en torno al Nuevo Catecismo holandés*, Proyección, Febrero 1969, págs. 40-48.
- (8) Cfr. *Renovación de la catequesis*, núm. 5.
- (9) Para toda esta parte, cfr. *Renovación de la catequesis*, núms. 6-8 y 10-12.